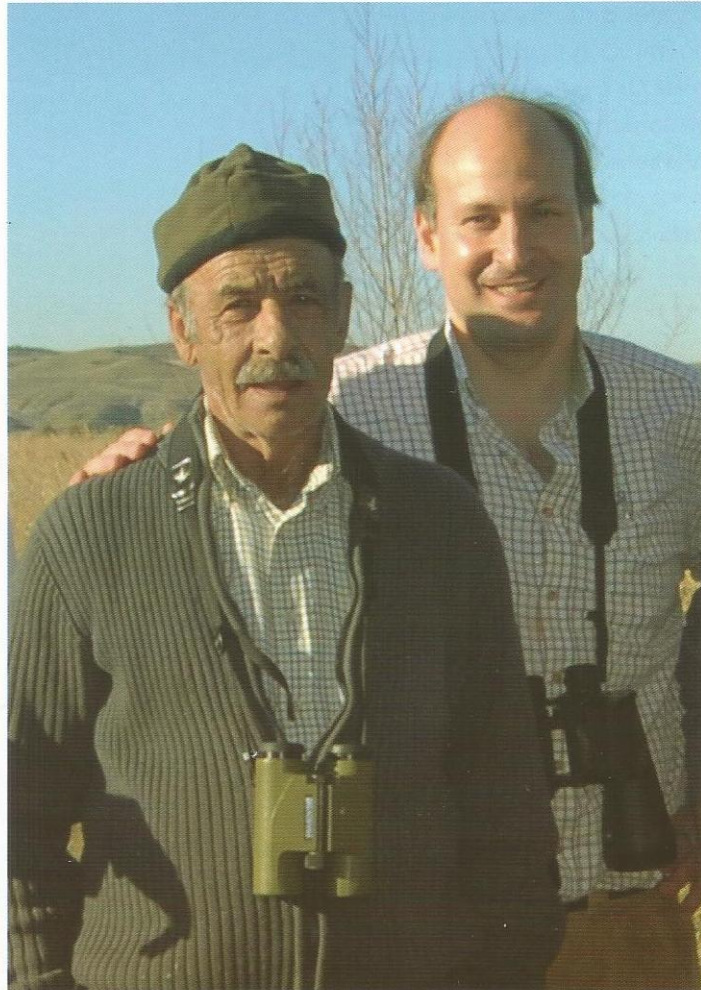


Aurelio Pérez,
el Naturalista





Aurelio con Javier Ceballos.

Prefacio

Nos encontramos ante un libro en el que palpita la vida de su autor. Me invita Aurelio a escribir el preámbulo a su lectura. Resulta un agradable ejercicio de reflexión, ya que supone intentar poner nombre y dar entrada a cuantas cosas he recibido y espero seguir compartiendo con mi amigo, y en muchos ámbitos maestro. Además de la amistad que nos une, tenemos en común haber desarrollado, cada uno por su cuenta, muchas ocupaciones similares.

Desde que descubrí a Aurelio a través de la pequeña pantalla en los programas de *El Hombre y la Tierra*, tuve ganas de conocerle. Mi padre, entonces enlace del ICONA con Félix Rodríguez de la Fuente para llevar a cabo la serie, siempre me habló bien de Aurelio, tanto en lo humano como en lo profesional. A nadie se le escapaba que resultó ser uno de los pilares para lograr las impactantes imágenes que veíamos en televisión.

Con el tiempo llegó nuestro primer encuentro (a finales de los ochenta) mientras trabajábamos ambos en programas de educación ambiental; él coordinando la puesta en marcha del Centro de Educación Ambiental Cañada Real, ubicado próximo a El Escorial y yo aplicando la recuperación de Aves de Presa en el programa educativo de la Granja Escuela el Palomar, Chapinería, también en Madrid. Acabamos echando un partido de frontenis, en el que doblegando mi orgullo me dio una soberana paliza.

Desde entonces, cuantas veces hemos compartido un encuentro, he apreciado su enorme capacidad de llegar a las personas. Amante de una buena conversación donde poder contrastar sus ideas, sabe llegar al corazón y a la mente de su interlocutor. Hablar con Aurelio es toda una

experiencia. Su característico timbre de voz, su análisis rápido y discreto del lenguaje no verbal, sus premeditadas apreciaciones y acertadas preguntas, unido todo ello a una gran capacidad de escucha activa, hacen de él alguien con quien conversar a gusto. Facilita el encuentro con uno mismo y con su contertulio a través de una buena comunicación.

Su espíritu aventurero, enorme creatividad y carácter autodidacta le han animado a afrontar responsabilidades, como nos refiere en el libro, en ámbitos tan variados como el pastoreo de merinas, la distribución de vino, el trabajo como administrativo y más tarde como halconero en aeropuertos, naturalista en el rodaje de documentales, diseñador de programas de educación ambiental, o incluso orador en charlas y conferencias. En todos ha llegado a ser un buen y reconocido profesional.

Aurelio, cultivando un desarrollo personal continuo, ha sabido caminar a su ritmo a lo largo de la vida, incorporando retos según iba siendo capaz de afrontarlos. Analizando sobre la fuente donde beber para contar con esta sabiduría, hay que volver al campo. Su escuela de vida ha sido la Naturaleza.

Aurelio a los diez años ya se echa al monte a cuidar merinas.

Tantas horas de campo, leyendo las nubes, escuchando la brisa, reconociendo el ánimo de cada oveja por la expresión de su cara o su forma de caminar, teniendo que adaptarse a las inclemencias del tiempo. Sentir tanta compañía estando integrado en la Naturaleza y a la vez tanta soledad ocupando el tiempo en el ejercicio de la reflexión...

Creo que muchos aprendizajes de Aurelio en su vida de pastor resultaron recursos clave a la hora de afrontar otros retos. Así como reconozco en este acervo privilegiado gran parte de su magnetismo personal. Aurelio ha vivido en comunión con la Naturaleza. Este factor, aunque la mayor parte de la sociedad funcione a diario ignorándolo, es intrínseco al hombre.

El hecho de que su padre fuera aún más exigente que el propio Félix Rodríguez de la Fuente, sin duda le hace mantenerse autoexigente consigo mismo de por vida. Ha ido observando su entorno antes de actuar, siendo a la vez humilde, por saber que siempre se puede hacer más, y buen profesional por emplear todos los recursos disponibles

Prefacio

hasta conseguir la labor bien hecha. Hace poco, en su casa de Barriomartín, mi hijo mayor, Álvaro, intrigado por la admiración que me descubre hacia Aurelio le preguntó si había realizado la tesis doctoral. Adelantándome a su respuesta, contesté a mi hijo “La tesis de Aurelio es su propia vida. Y aunque no la haya presentado en la universidad, ha alcanzado el sobresaliente cum laude”

Como bien nos refiere Aurelio, uno no es quien cree ser, sino la suma de percepciones de cuantos le conocen. En la vida real parece sorprenderse por la cantidad de reconocimientos que va recibiendo de diferentes asociaciones repartidas por toda la geografía nacional. Posiblemente no valore en su justa medida que ha alcanzado la excelencia en su forma de ser y de actuar. Aúna en su persona ser popular y a la vez un hombre cercano, llano y accesible. Carente de la vanidad, que tanto contamina a gente brillante, no se cree ni más ni menos que el común de los mortales. De hecho una de sus grandezas es el espontáneo y sincero reconocimiento que acostumbra hacer de sus propias limitaciones.

En este libro, redactado por Aurelio a la pluma de su sobrino Rubén Duro, nos encontramos con el resumen de la huella de su trayectoria. Vuelve sobre sus pasos con la mirada de quien está satisfecho del camino recorrido. A través de sus páginas descubriremos cómo un sencillo pastor de un pueblo soriano, sabiendo incorporar durante el camino sus aprendizajes de la vida, llega a nuestros días ocupando un lugar de excepción entre los Naturalistas (con mayúscula) contemporáneos.

*Javier Ceballos
Madrid, primavera 2007*